

Una enfermedad que desaparece

(De La Revue Medical)

Muchas veces se ha sometido a estudios superficiales la causa de ciertas enfermedades comunes que se desarrojan en numerosos organismos humanos, sin llegar a concretar nada definitivo sobre el sistema terapéutico a seguirse contra ellas.

La verdad sobre la poca dedicación con que se han tratado esas dolencias es debido, sin duda alguna, a la pequeña gloria o al ningún provecho que redundaría en beneficio del descubridor de la panacea contra esas enfermedades que les da a algunos hombres de ciencia por llamar vulgares, interpretando ellos, dentro de esta especie, a las enfermedades que no llevan dentro de sí los gérmenes patológicos que encierran para el paciente la ineludible condena de muerte.

Ciertamente que son dignos de emulación los sabios que se consagran enteramente a estudios profundos sobre sistemas radicales contra enfermedades tan terribles y de resultados tan seguros y fatales como los que importan la tuberculosis, la avariosis, el cáncer, etc., etc., pero no debemos olvidar que, entre las dolencias que se ha dado por comprenderlas entre las secundarias pueden convertirse por extensión en cualquiera de las incurables que acabamos de citar. Es necesario, pues, prevenirse contra esas amenazas vedándoles todos los caminos que pudiesen elegir, y el método de profilaxis más eficiente no consiste solamente en la adopción de medidas higiénicas una vez aparecidas aquéllas, sino que es necesario someterlas rápidamente a la acción decisiva de agentes extraños que beneficien de inmediato la salud precaria del paciente.

Tomando al azar una cuenta del rosario interminable de dolencias que agobian a la humanidad, nos encontramos con una enfermedad de caracteres singulares. Las hemorroides — tal es el nombre del caso que nos ocupa — apenas si presentan en su aparición leves demostraciones que las hace físicamente casi imperceptibles; ligeras molestias en la defecación que se traducen en esfuerzos mayores que los movimientos reflejos ordinarios para tal función; luego crecen obturando la luz del recto y más tarde ocasionan pequeñas hemorragias que pasan primero desapercibidas y que al aumentar se les considera como el resultado de una irritación vulgar o la rotura de cualquier vaso venoso. Pero al transformarse en hemorroides proclidentes, cuando impiden caminar, cuando el menor movimiento ocasiona agudos dolores e imposibilitan por consiguiente el atender las múltiples obligaciones que exige el trajín de la lucha diaria, es entonces cuando el enfermo les presta la atención, que por ignorancia o descuido les negó en su principio y recurre atropelladamente en procura del primer específico anónimo que se le brinda.

En los casos agudos, el menor roce paraliza todo movimiento por poco brusco que sea y el enfermo cree en su obsesión, que únicamente una operación puede ampararlo contra el mal que lo acobarda. Ya se despegó felizmente esa incógnita, y con la aplicación constante de Noridal se prescinde en absoluto de las intervenciones quirúrgicas.

En todos los centros de población europea se ha vulgarizado en tal forma el empleo de Noridal, que se ha convertido en breve tiempo en un remedio popular.

Nosotros, en los diversos casos que hemos tenido ocasión de presenciar, y de cuyo proceso tomamos debida consideración dada la gravedad de muchas de ellas, nos sorprendemos ante la rápida y maravillosa acción del Noridal, por cuyo motivo no titubeamos en vulgarizarlo desde estas columnas.